

Proyecciones del proceso Matteotti

Comenzamos desde este número a publicar las colaboraciones del distinguido escritor nacional don José Carlos Mariátegui. La singular condición literaria de este intelectual, su brillante manera y su bien ganado prestigio de capacidad para apreciar las incidencias de la alta política europea van ha tener desde nuestras columnas una oportunidad más de revelarse con beneficio para el afianzamiento de su personalidad intelectual y eno beneficio mayor todavía para el público lector. El primer artículo de José Carlos Mariátegui analiza las proyecciones del proceso seguido en Italia por el asesinato del diputado socialista Matteotti y está lleno de esa justeza de apreciación que ha hecho del ilustre periodista un caso ejemplar de sinceridad de crítica.

El fascismo no quiere que el proceso de los asesinatos de Matteotti se convierta en el proceso de toda la gesta fascista. Contra el espontáneo desarrollo de este proceso, el fascismo moviliza sus brigadas de "camisas negras" y su poder gubernamental. El hecho judicial—dice—no debe transformarse en un hecho político. Y ha dado, con el propósito principal de impedir "indiscreciones" sobre el crimen y sus actores, un decreto—ley que reglamenta marcialmente la libertad de la prensa.

Pero no se gobierna la Historia. El propio fascismo—movimiento romántico, antihistórico, voluntarista—tiene sus raíces vitales en la Historia y nó en la ideología ni en la acción de sus creadores y animadores. Es un producto de esa Historia que pretende negar o torcer a golpes de cachiporra. El asesinato de Matteotti ha sido la culminación de una política de terror. Es por eso que, al reaccionar contra tal crimen, la opinión italiana ha reaccionado contra todo el sistema que lo ha engendrado. El desenlace judicial no importa nada. La cuestión moral y política no era de la competencia de los magistrados. Ha tenido, por ende, un fuero especial, un fuero superior. Y de su juicio sumario han salido condenados el fascismo, su método y sus armas.

Cuando en la cámara italiana se denunció la desaparición del diputado socialista, Mussolini, inquietado por el viento de fronda que sopiaba, sintió la necesidad de decir con su acostumbrado tono dramático: "Giustizia sarà fatta sino in fondo". Esta frase aparece ahora como una intuición histórica. En la intención del caudillo fascista era una promesa de que los jueces castigarían austeramente a los culpables. Pero ha adquirido luego una realidad superior y adversa a la voluntad fascista. La historia se ha apoderado de ella y la ha hecho suya. Se hará justicia plenamente; pero no solo contra los asesinos materiales, sino contra la política en que el crimen se ha incubado. Como ha dicho Mussolini, "giustizia sarà fatta sino in fondo".

Veamos porqué el fascismo resulta tan comprometido en este proceso. Hay razones inmediatas. Los ejecutores del crimen eran hombres de confianza del estado mayor fascista. Uno de ellos, Dumini, delincuente orgánico, gozaba del favor de los más altos funcionarios del Estado y del partido, pertenecía al personal del diario fascista "Il Corriere Italiano" y se titulaba adjunto de la oficina de prensa del jefe del gobierno. Está averiguada una circunstancia a su respecto; el día del delito, Dumini aguardó en el Palacio Viminal, donde funciona el ministerio del interior, al automóvil que debía conducirlo a secuestrar a Matteotti. El crimen fué ordenado, según las investigaciones judiciales, por Rossi y Marinelli, dos fascistas del primer rango y de la primera hora, miembros del cuadrivirato supremo del partido, y por Filipelli, director de "Il Corriere Italiano". El director de otro diario fascista "Il Nuovo Paese" acaba de ser llamado a Roma por edictos como otro de los responsables. El fascismo, en un principio, cuando le urgía calmar y satisfacer a la opinión pública, se esforzó por aislar la responsabilidad de los acusados. Los entregó a la justicia. Pero, poco a poco, un instinto más poderoso que su conciencia lo ha movido hacia ellos. En algunas demostraciones de las "camisas negras" se ha oído el grito de "Viva

Dumini". Y se ha amenazado a la oposición con una segunda marcha a Roma destinada, sin duda, a liberar a los encausados. Finalmente Farinacci, uno de los mayores lugar-tenientes de Mussolini, ha asumido la defensa de Dumini y ha intentado, como explicación del asesinato, atribuir a Rossi una conspiración contra Mussolini para reemplazarlo en el poder. (Su tentativa ha tenido tan mala suerte, ha encontrado un público tan incrédulo y hostil, que Farinacci no ha insistido en sus folletinescas revelaciones).

De otro lado, el asesinato de Matteotti no es un acto solitario en la historia del fascismo. En un acto terrorista perfectamente encuadrado dentro de la teoría y la práctica de las "camisas negras".

La gesta fascista está llena de hechos similares. Matteotti ha sido asesinado por una banda especializada en el delito. Dumini y sus cómplices resultan ahora los autores del asalto a la casa del estadista Nitti y de las agresiones a los diputados Amendola, Mazzolani, Missuri y Forni, fascistas disidentes o cismáticos los dos últimos. Y, sobre todo, los capitanes del fascismo han alimentado siempre en sus brigadas un estado de ánimo agresivo y guerrero y, en algunos casos, han hecho la apología de la violencia. De este humor bélico, han logrado contagiar hasta a algunas personas tenidas antes por sabias y prudentes. Giovanni Gentile, explicando filosóficamente su fascismo, ha dicho que "toda fuerza es forma moral, cualquiera que sea el argumento empleado: la prédica o el garrote".

En este emocionante proceso acusan, pues, al fascismo muchas circunstancias y muchos testimonios. Sus consecuencias han sido, por eso, instantáneas e inexorables. Las largas masas sociales que, por desconcierto o inconsciencia, o seducidas por su lenguaje quijotesco y megalómano, seguían al fascismo, han empezado a abandonarlo. Las defecciones se multiplican. Las filas filofascistas pierden sus nombres más sonoros: Ricciotti Garibaldi hijo, Sem Benelli, etc. Los grupos liberales que colaboraban con Mussolini le retiran ahora su confianza. "Il Giornale d'Italia" de Roma, "Il Mattino" de Nápoles se aproximan a la oposición. Los mismos fascistas se dan cuenta de que se van quedando solos. Mussolini, en la última asamblea del consejo nacional fascista, ha recomendado la conquista de las masas. Pero tanto el Duce como sus secuaces cometen cotidianos errores de psicología que aumentan la excitación popular. Además, se constata en todas las capas sociales una mayor sensibilidad moral y política. Antes, los ataques a la libertad, los actos de terror del fascismo eran tolerados o aceptados pasivamente por la mayoría de la población. Hoy, encuentran en ella una repulsa y una condenación enérgicas y vigorosas.

Los laureles de la marcha a Roma se han marchitado mucho.

Probablemente los fascistas intentarán sacar del asesinato de su compañero, el diputado Casalini, armas morales defensivas y contraofensivas. Pero este crimen no puede cancelar el que lo ha precedido. La responsabilidad de los hechos es diferente; su proyección tiene que serlo también. Se trata, en el nuevo caso, de un acto de violencia individual. El asesino ha procedido aisladamente, por su propia cuenta. No es posible filiarlo sino como un exaltado. Tras él no existe una organización terrorista dirigida por leaders de la oposición. Los grupos de la oposición han execrado, generalmente, la violencia. Alguno de ellos ha mostrado una mentalidad próxima al grandhismo y casi ha predicado la resistencia pasiva. Gracias, en parte, a esta clase de adversarios, la gesta fascista encontró franca y abierta la vía del gobierno.

José Carlos MARIATEGUI.

LA CABELLERA CORTA

¿Qué deciden ustedes por fin, señoritas? ¿Dejarse el pelo o cortárselo al rape?

Yo quisiera saber a qué atenerme para proceder en consecuencia. Si ustedes se dejan el pelo, seguiré, por mi parte, pelándome con la mayor frecuencia posible; pero si ustedes se lo cortan, entonces iré pensando en la conveniencia de hacer crecer el mío hasta que pueda recogerme en un gran moño sobre la nuca, o dividirlo en dos trenzas que ataré por sus extremos con unas cintas cuyos lazos multicolores parezcan alas de mariposas. La cosa sería un poco dura, convengo en ello; pero ¿qué no haríamos los hombres para mantener los fueros de nuestro sexo? ¿A qué expedientes no recurriríamos con el fin de rehuir ciertas ambigüedades y afirmar nuestra vitalidad?

Lo que el pelo corto les siente a ustedes mejor o peor que el largo, es materia opinable. Yo creo que les sienta a ustedes peor por dos razones: la primera es que no hay mujer fea con una hermosa mata de pelo, y la segunda es que el pelo corto las uniformiza a ustedes, quitándoles esa encantadora diversidad que lograban obtener mediante los diferentes peinados; pero, en realidad, cuando están ustedes más bonitas es cuando menos se parecen a nosotros. ¡Y aún hay, entre ustedes, quienes defienden la moda del pelo corto con argumentos feministas. ¡Por Dios señoritas! Si ustedes han conseguido jamás alguna concesión de los hombres es esa exclusiva del pelo largo, que no existe en ninguna sociedad salvaje. Nosotros tenemos otros aditamentos capilares. Tenemos pelo en pecho y pelo en rostro. Tenemos bigotes, barbas, sotabarbas, patillas, perillas, moscas, luchanas... Y pudiendo dejarnos, además, unas cabelleras frondosas, hemos renunciado a ellas para que ustedes se luciesen.

¿Qué no quieren ustedes lucirse por más tiempo? Allá ustedes... ¿Qué ahora prefieren hacerse unos peinados de garconnes? Como ustedes gusten... Lo único que nosotros le suplicamos es que le den a su decisión un carácter colectivo a fin de que nosotros podamos, en una forma igualmente colectiva, tomar la decisión contraria. Después de todo, y a pesar de ese tono bíblico a que son aficionados los Presidentes de la República de los Estados Unidos de Norteamérica, Roosevelt no decía ninguna cosa extraordinaria al decir: "¡Desgraciados aquellos países donde los hombres llevan el pelo largo y las mujeres el pelo corto!"... ¿Por qué han de ser más desgraciados estos países donde los hombres llevan el pelo corto y las mujeres el pelo largo?

Los países verdaderamente desgraciados son más bien aquellos donde mujeres y hombres llevan el pelo de la misma manera.

Julio CAMBA.

